

Es lunes 5 de febrero de 2024, Lucio pedalea escarranchado en su bicicleta BMX por el barrio universitario. Hoy cumple cuarenta años, aunque su mentalidad será siempre de veinte. Los compañeros de clase adoran su inclasificable arte juvenil para relacionarse. Va con ese aire despistado tan suyo, con el 'Tubthumping' de Chumbawamba retumbándole en los cascos. Su camisa hawaiana y su media melena plateada ondean. Es la primera semana en que se permite salir a las calles sin mascarilla, por eso se recrea en la brisa fría de la mañana como si fuera una colonia cara. En la frente aún luce la cicatriz pasajera que le ha provocado la almohada. Con una mano agarra el manillar, con la otra va girando la posición de su gorra fucsia. Luego utiliza la pantalla de coltán del móvil como espejo, y se guiña un ojo a sí mismo.

Un mensaje de audio interrumpe la música; es su compañero Juan Luis, quien suele reenviarle sus apuntes, y le dice: "*¿dónde estás, Luchito? Tú mismo, eh, pero el examen va a comenzar...*". A Lucio le da un vuelco el corazón, juraría que el día en que se examinaban era el viernes. Acelera como un esprintero en el final de una etapa llana. Trota hacia el edificio de la facultad después de amarrar a un semáforo "la burra", como llama a su bicicleta. El porche está desierto, tan solo se cruza con albañiles de obras cercanas que aprovechan los precios para estudiantes de la cafetería.

Se acerca raudo a los ascensores, que no bajan nunca. Para ganar tiempo, ataja por las escaleras hasta la tercera planta. Salta de dos en dos los peldaños. Está empapado, una gota de sudor resbala por su nariz. Con el esfuerzo, nota como si se mareara; ahora le vendría bien una mascarilla, pero de oxígeno. Antes de asomarse al aula, orienta la visera de su gorra hacia la izquierda. Cuando por fin entra, la clase está abarrotada. Hace meses que no hay distancia entre alumnos, pero, en sus años de carrera, jamás había visto el aforo del aula tan repleto. Una alerta sacude inmediatamente su cerebro: todos, absolutamente todos llevan puesta la mascarilla. Todos menos él...

Está perplejo. El mundo sabe a ciencia cierta que las mascarillas ya no hacen falta. El profesor también la luce. Por un momento, Lucio cree que lo más idóneo es marcharse de aquel escenario confuso. Decide quedarse; debe luchar por la beca, el único ingreso del que se nutrirá su cuenta corriente en todo el año. Asustado, duda de si quizá el virus

ha vuelto y él no se ha enterado... Además, ha pasado todo el fin de semana desconectado por completo de los designios del planeta. Pedaleaba tan contento al ritmo de Chumbawamba hace un rato, y, ahora, sin embargo...

El profesor, que está repartiendo los exámenes a los de la primera fila, aprecia de reojo la fulgurante y tardía entrada de Lucio, al tiempo que recuerda a los alumnos: *“no le deis la vuelta al examen hasta que os lo diga, ¿de acuerdo?”*. Lucio se encamina hacia él alarmado y le comenta: *“¿Profe, quién podría facilitarme una mascarilla?”*. El profesor lo ignora. Luego pregunta a compañeros al azar acerca de lo que ocurre, pero solo recibe una silente indiferencia. Se siente en la ajenidad más absoluta. Como último remedio, piensa en salir a buscar una mascarilla a la conserjería –quizá allí puedan facilitársela- y, de paso, a traerse consigo una silla donde sentarse. Porque no queda ni un asiento libre. El rubor de tener que irse para volver a entrar lo detiene. Una y otra vez revisa los posibles lugares vacíos. No halla ninguno.

Deambula por los laterales de la clase angustiado por ser el único que va sin mascarilla. Avanza desnortado de un lado a otro. Ya no recuerda ni de qué asignatura es el examen. Bloqueado, frustrado, apoya su espalda en la pared del fondo. El profesor, que está acabando de repartir las hojas, al fin se anima a dirigirse a Lucio: *“Lucho, ahí tienes mi asiento”*, le aclara con desdén compasivo.

Extremadamente extrañado por las circunstancias, Lucio se sienta en el sitio del profesor. Desde el sillón giratorio del estrado, obtiene la panorámica de toda la clase. Irritado, y aún sumido en la fase de confusión, grita a los doscientos cuarenta oídos que lo desprecian: *“¿alguien puede explicarme este sinsentido? ¿Ha vuelto el virus o qué? Jopé, decidme algo, peña...”*. Acto seguido, Lucio se quita la gorra y se protege con ella nariz y boca. Siguen sin hablarle. Algunas risas sí se escapan de las butacas tras la maniobra artesanal de protegerse con la gorra.

En vez de concentrarse para afrontar el examen, los jóvenes veinteañeros clavan sus miradas en Lucio. Y él se siente incomodísimo por mostrarse tan expuesto. Dos alumnos de la tercera fila llaman su atención con presuntos gestos cómplices. Cada vez está más desesperado. No entiende nada. Cuando el profesor se acerca hasta la mesa y le entrega el folio con las preguntas, Lucio vuelve a la carga en sus rogativas: *“¿una mascarilla, por favor? ¿Qué está pasando, diosito de mi vida?”*. La única respuesta del profesor es un ceño fruncido.

Guiado por la incertidumbre, Lucio se levanta y abre la ventana que queda a la altura del estrado, la primera vía de ventilación que exhibe el aula. Antes de que vuelva a sentarse, el profesor sentencia: “*ya podéis darle la vuelta al examen*”. Pasan unos segundos hasta que Lucio, inmerso en su sofocante turbación, cambia como un autómata la cara del folio. Y entonces lee: “*FELIZ CUMPLEAÑOS, ABUELO LUCIO*”. Y los jóvenes arrugan los folios en blanco que tienen sobre las mesas para lanzarle las bolas a Lucio. Todos se levantan de sus asientos, gritan, brincan y abrazan por turnos al alumno cuarentón. En la clase reinan la algazara y la alegría sincera de quienes saben que los malos tiempos han pasado.